

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas. Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 10 céntimos.—Atrasado, 25.—Corresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

A Juan Lanás

Bien, hombre, bien. Ya he visto lo que has hecho en las elecciones. En unos puntos no has votado, en otros has vendido el voto, en algunos te has portado tal cual; pero, en conjunto ¿por qué callártelo? has sido el de siempre.

No esperaba de ti grandes cosas; te conozco un poquito, y no he sido nunca de los que te han adulado por conveniencia personal; por no querer de ti, ni quiero tu agradecimiento. Todo cuanto he trabajado en favor tuyo ha sido por satisfacer una necesidad de mi espíritu. Te lo digo, para que nunca te creas obligado a nada conmigo.

Pero, á pesar de conocerte, no suponía que, á raíz de las grandes catástrofes sufridas, cuando tan pardo está el presente y tan negro el porvenir, dejaras de tener un momento de coraje para esgrimir el arma del voto contra los causantes de tus desdichas.

Creía que, al pensar en aquella manigua empedrada con huesos de tus hijos, y en el hambre y las fatigas que pasaron antes de morir, la ira, una de las últimas pasiones que exigen corazón, te llevaría á depositar precipitadamente en la urna la papeleta en favor de cualquiera que no hubiese tenido parte directa en tu desgracia, llamárase republicano, llamárase socialista...

Que al ver por esas calles sin pan, y con el rostro del color de la tierra que imperiosamente los llama, á los que lograron tornar á su patria, burlados por los gobiernos, sin encontrar quien les dé trabajo, contribuyeras con tu voto á la venida de un régimen que curase con mano dura ciertos males...

Que al mirar á España llena de frailes, esos que han sido causa única de la pérdida de Filipinas y de la muerte de tanto compatriota, votaras para diputados á los hombres que seguramente decretarían su expulsión...

Y creía todo eso yo, no ya por concederte la inteligencia bastante para comprender lo noble y lo digno de esa actitud, sino por suponer que, á falta de otras buenas condiciones, tendrías siquiera instinto de conservación. Pero ni aun esto tienes.

Si lo tuvieras, comprenderías que, no pudiendo estar peor de lo que estás, irías ganando con todo lo que viniese, por malo que fuera, y que para ti trabajabas al acabar con lo que á tan terrible estado nos ha traído. No lo has hecho, y ya sufrirás las consecuencias.

¿Pero si seré imbécil también, acaso más que tú? ¿Qué te importa á ti que la reacción domine, si cada ocho días te arroja despreciativamente un mendrugo de pan desde la puerta de un convento? Si la libertad de la prensa acaba ¿qué se te da, si no lees? Si el derecho de reunión se quita, ¿van á impedirte por esto entrar en la iglesia? Si el de manifestación se suprime ¿no te queda el de concurrir á las procesiones y gritar al paso de tus reyes *vivan las caenas!* ¿Han de impedirte tampoco apedrear protestantes y judíos, y si la Inquisición se restablece, acudir á ver quemar herejes ahullando de contento, sobre todo el día que le toque el turno al animal que te habla en este instante, y que pudo dedicarse á faena más provechosa para él que la de defenderte, los años, todos los de su vida, que empleó en pedir para ti?

Si, ¿qué has de preocuparte el que supriman todos los derechos, si te dejan el de pedir limosna en nombre de Dios, rascarte los piojos y revolcarte perezosamente en el estercolero de tu miseria, mascullando oraciones que no entiendes?

Esto sentado, casi estoy por darte la razón al no haber acudido á las elecciones con el propósito de acabar con todo lo que te ha perdido y te ha degradado. Verdad es que para quien eres, harto te conceden todavía.

Así, continúa por donde vas, Juan Lanás, ya que tú te lo quieres. Reza, estúpido, reza, y que tu desastrosa hembra y tus sucios monigotes hagan lo mismo. Acude á los Círculos católicos á que acaben de embrutecerte (si esto es posible ya); que tu dulce y rabaneresca compañera no salga de la iglesia

para que la vean las señoras que reparten bonos de judías y lentejas cada tres meses; que los legañosos ángeles de tu indecente hogar vayan á las escuelas dirigidas por frailes más ó menos Flaminios, donde les den alguna blusita de real y medio ó alguna boluita de seis cuartos para abrigar el cuerpo, y Ripalda y Astete para adecentar el alma; y aguardad todos en esta cristiana resignación el momento de convertirnos en hambre para que os tiren, descuartizados ó enteros, en la fosa común, de donde os vais á ver negros para extraer el día del juicio final los pingajos de vuestra carnal envoltura, á fin de presentarnos hechos unos elegantes ante el Supremo juez. ¿Cualquiera encuentra entre tanta porquería humana la que por derecho le corresponde!

Continúa, si, continúa por donde vas; que no por esto yo, y otros chiflados como yo, dejaremos de combatir contra todo aquello que á tu bienestar se oponga. Porque tú tengas todos los vicios de la ignorancia y de la miseria, no hemos de cejar en nuestra labor: es digna de nosotros, aun cuando no sea merecida por ti. Es, además, una deuda sagrada. Como tú seríamos, si otros no hubieran, desinteresadamente, trabajado por nosotros.

Hasta otro día, Juan Lanás. Continuará el vapuleo.

EL MOTÍN

Diputados republicanos

He aquí los nombres de los que han sido elegidos:

- Don Francisco Pi y Margall.
- » Juan Sol y Ortega.
- » Gumersindo Azcárate.
- » José Muro.
- » Miguel Moya.
- » Calixto Rodríguez.
- » Vicente Blasco Ibañez.
- » Eduardo Balsega.
- » Miguel Morayta.
- » Rafael Prieto y Caules.
- » Fernando Gasset.
- » Jerónimo Palma.
- » José Marengo.
- » Francisco Zabala.
- » Juan Lletget.

Supongo que ninguno de esos señores creará que se les ha elegido para lucirse como oradores en el Congreso, sino para actuar de fiscales, y sentenciar como jueces, si hubiere ocasión; y tanto ó más que para eso, pues conviene mirar hacia el porvenir más que hacia el pasado, para indicarle á España las medidas que debe adoptar en la parte económica, si aspira á salvarse; medidas que es imposible adoptar dentro de la monarquía.

Aun cuando todos y cada uno sabe indudablemente de esas cosas más que yo, ya les iré indicando, para que no se les olviden, las que á mí se me alcanzan.

Lo que también les ofrezco, es censurar todo lo duramente que pueda, (y en esto puedo algo) la palabrería insustancial, que antes sirve de pretexto á los monárquicos para realizar lo que intentan, que de acicate para impulsarlos por el camino de la justicia.

Así, pocos párrafos elocuentes, muchos números, y algún argumento en favor de éstos, si es que éstos los necesitan en algún caso; oponer á la Hacienda de la monarquía la de la República, que como en la Hacienda está hoy el quid, mejor resonará en la opinión la idea de una reforma radical, que el discurso más grandilocuente.

Si hacen esto nuestros diputados, como creo, grande, hermosa y útil misión la suya; pero si no lo hacen, ó lo hicieren á medias, casi no perderíamos nada con que no se sentaran en los escaños.

Quedo con las manos abiertas para aplaudir.

Libros y milagros

Cada cual se divierte como el diablo, que es gran maestro, le da á entender.

Unos buscan la alegría en el vino, otros en el sabroso pecado que hizo á Salomón perder la sabiduría; los hay que tiran de la orja á Jorje, y muchos que, en esta época de grandes discursos y acciones mezquinas, juegan á costa del país. A mí me entretienen los libros devotos, y como hace tiempo he resuelto afirmativamente la pregunta de si puede reirse la persona piadosa, me dedico en ratos perdidos á hojear tomos de esos que son como caricaturas de las obras de los grandes escritores místicos. Estos, aunque repugnan á la razón, están llenos de saber, y algunos hasta de buena moral; pero los simples devotos al por menor no

tienen precio, cuando uno quiere pasar un rato entretenido. He aquí algunos que pueden recomendar contra terquedades de la tristeza y ataques de melancolía, pero teniendo en cuenta que á veces sus páginas no deben ser leídas por la hija ni la esposa, pues la devoción suele tener tendencias pornográficas de la peor clase posible.

Empezaré por recomendar el *Despertador del alma desdichada en el negocio máximo de su salvación*; las *Flores del germen*, pasmo de Egipto, asombro del mundo, sol de Occidente, portento de la gracia, vida y milagros de San Antonio Abad, por el maestro Blas Antonio de Ceballos; el *Interior de Jesús y María*; la *Verdadera historia de David*, ó *santísimo Rosario*, del padre Martínez; el *Metodo práctico para hablar con Dios*, del jesuita Franco; el *Verdadero sufragio universal*, ó sea *Pío IX y sus bodas de oro*; la *Escuela del amor*, ó sea un mes de afectos en memoria de los treinta y tres años de vida mortal de Nuestro Señor Jesucristo; los *Entretamientos del corazón devoto*, del padre Almirante; el *Astro brillante del nuevo mundo*, frágil flor del Paraíso en el jardín de América, ó *vida de Santa Rosa de Lima*; el *Aguila real*, *Fénix abrasada*, *Pelicano amante*, *historia panegírica del inocente San Agustín*; el *Jardín del cielo plantado en el convento de Nuestra Señora de la Concepción de Braga*; y por último, á guisa de despedida, citaré la *Lavativa mística contra indigestiones heréticas*, sin olvidar el *Arco iris de paz*, cuya cuerda es la contemplación y meditación para rezar el santo rosario: su *álaba componen ciento doce flechas que tira el amor divino á todas las almas*.

Con estos libros y el *Año Cristiano*, hay para solazarse un rato. Y en prueba de ello, ahí van unos cuantos milagros, mortificaciones, suicidios y tonterías entresacadas de sus capítulos:

El beato Bernardo de Corbón (1605) comenzó, para mostrar devoción, por beber agua turbia y acabó por beber la de fregar los platos; en verano la tomaba muy caliente, y otras veces echaba en ella ajénjos y romero; luego se dedicó á comer de brues.

Santa Inés de Monte Policiano rezaba el padre nuestro antes de saber hablar, y á los pocos meses, en mostrándole una imagen, brincaba de alegría como una cabra.

Cerca del convento en que vivió Santa Sencrina, había una charca llena de ranas; su ronco estrépito impedía la devoción. La Santa las mandó callar, y los animales obedecieron. Y quien asegura que lo que hicieron las ranas fue constatar *ora pro nobis* cuando Sencrina rezó el rosario.

San Toribio Mogroboje (1538) tuvo en cierta ocasión que vadear un río donde había caimanes; el mulo que montaba el santo se asustó, y le apedó por las orejas; y como Toribio no sabía nadar, comenzó á hacer grandes esfuerzos por no ahogarse. De pronto dos caimanes se arrojaron sobre él; Toribio levantó su corazón á Dios, y al pronto advirtió dos contrarios efectos: los caimanes quedaron convertidos en rocas, y el santo llegó al tanto á la orilla, como si fuera de corcho.

San Ermenegildo, obispo de Urgel, quiso hacer en beneficio de viandantes un puente en Var, en los confines de Urgel y la Cordaña. Písose á trabajar, pero en premio á su labor, se le cayó encima una viga se le fueran los pies, y cayendo contra unos grandes penoseros se abrió la cabeza.

Santa Catalina de Seba pasaba la cuarentena sin otro alimento que la comunión, lo cual no tiene nada de extraño después de leer que el bisnieturdo Nicolás de Fúe, en Suiza, no tomó más alimento durante quince años que la Sagrada Eucaristía. Pero ¿qué es esto comparado con lo que le sucedió, según dice San Jerónimo, á Santiago el menor? A fuerza de orar hincado de rodillas, eró en ellas el santo el mismo callo que en tal sitio tienen los camellos.

En estos libros se hallan frases preciosas. Hablando de lo difícil que es elevar el corazón al Señor, dice el autor de un *Curso de instrucciones religiosas*, que el corazón se escapa, y la piedad queda en el aire haciendo movimientos falsos. Más adelante dice, á propósito de las prácticas religiosas, que el orden matemático tiene algo de opuesto á la caridad de Dios.

En *El hombre infeliz consolado*, hay ideas como esta: «¿Qué noble convite sería para la inocencia calumniada sentarse á una mesa servida con lenguas de detractores! La mansedumbre cristiana rehusaría tal convite; pero no falta á los príncipes modo de cortar la lengua de los maldicientes sin el horror de la sangre.» Si esto no es echar de menos la Inquisición que no derramaba sangre, no sabemos que puede ser.

Convergamos en que aquellos milagros y estas frases entresacadas de libros devotos, nada tienen que envidiar á los de las falsas religiones. Las nueve encarnaciones de Visnú, Buda atravesando el Ganges á caballo, las estatuas de Mennon que hablaban al ponerse el sol, y Mahoma partiéndose en dos pedazos la luna, tienen mucha menos gracia que Santa Sencrina mandando callar á las ranas.

La lectura de estas sandeces, que podían servir de datos para la *Historia de la imbecilidad humana*, resultaría deliciosa, si uno no pensara que los que creen, ó fingen creer en ellas, son los mismos que mueven guerra al progreso ensangrentando la patria; raza execrable de devotos bufones prontos á transformarse en tigres.

JACINTO OCTAVIO PICÓN

Documento notable

De todos los documentos sobre elecciones que han llegado á mis manos estos días, ninguno tan claro, tan valiente, tan lógico, como el publicado en Yecia por *Un obrero* y firmado por los siguientes individuos de la agrupación socialista: *Presidente, José Valls Gil. Vice-presidente, Tomás Santa. Vocales, Martín Puche, Francisco Pérez, Juan Fover. Tesorero, José Soriano. Secretario, Emilio Rubio.*

«La causa principal de todas nuestras desgracias, está en esa sumisión, en ese servilismo del pueblo bajo, ya que así han dado en llamarle al pueblo honrado y trabajador, para mayor escarnio y afrenta. Y en verdad que no han ido muy descaminados en calificarle de ese modo, pues un pueblo que sin protesta de ninguna clase y sin preferir la más leve queja se deja atar de pies y manos, y con la sonrisa de la adulación en los labios se ve abofeteado por su «Señor», es

indigno de que se le trate de otro modo; pues con razón se dice que cada pueblo tiene el gobierno que se merece. Es verdad, cada pueblo tiene el gobierno que se merece; por eso nosotros no nos merecemos otro gobierno; por eso los verdaderos responsables de esta inmensa catástrofe que pesa sobre nosotros, no son todos aquellos hombres ni partidos que, tanto desde el poder como desde la oposición nos han gobernado durante cinco lustros; éstos no han sido más que cómplices; pero nada más que cómplices. Los únicos responsables somos nosotros, que formamos el núcleo, la fuerza, el tono de una nación; y nosotros estamos desorganizados, faltos de instrucción, sin la más pequeña noción de cultura, sumidos en la eterna noche de la ignorancia y arrastrando una vida miserable que poco á poco va consumiendo las pocas energías que nos restan... ¡Y así estamos!

No, no pidamos á nadie responsabilidades de un delito en el que nosotros somos los primeros delincuentes; y por consiguiente los primeros culpables; pues mientras haya oprimidos, habrá opresores; mientras haya serviles, habrá despojos; mientras haya víctimas, habrá verdugos.

Pero ¿queremos mayor ejemplo que lo que está pasando hoy mismo? Volvamos la vista á Cuba, á Puerto Rico y á Filipinas. ¿Qué vemos? Tres islas que ya no nos pertenecen después de consumir cuatro mil millones de pesetas, lo mejor de nuestra generación, y nuestras escuadras sumergidas en el mar. ¡Y los autores de tan horribles hecatombes rigiendo los destinos patrios, dictándonos leyes desde el Sinaí de la política y el poder! ¡Oh! Esto es bochornoso, esto es indigno, esto es increíble. Y el pueblo lo sufre. ¡He dicho lo sufre! lo tolera; hace más ¡lo defiende!

En las próximas elecciones veréis cuán diligentes y solícitos andan de colegio en colegio, buscando votos, ganando prosélitos, empleando la oferta y el soborno para que triunfe el candidato ministerial; y los unos por acción y los otros por omisión todos vamos á dar nuestro voto. Conscientes é inconscientes, entre la actividad de los menos y la pasividad de los más, todos nos hacemos solidarios de este régimen imperante. Estos van por una credencial que les asegura por unos cuantos meses una miserable retribución que apenas basta para cubrir las necesidades más perentorias de la vida. A aquellos otros les guía otra ambición más grande; la de erigirse en mandones y repartir los empleos entre sus pantiaguados al mismo tiempo que hacen su agosto.

Y después hablamos de las desgracias de nuestra patria como de una cosa propia, y con cara melodramática nos lamentamos amargamente de la pérdida de nuestras Colonias dirigiendo cuatro apóstrofes á los hombres que nos han conducido á la bancarrota, convirtiéndonos en modernos Jeremías, creyendo con esto haber cumplido como buenos patriotas! ¡Y esto lo decimos sin que el rubor asome á nuestros semblantes con tanto descaro como cinismo, y sin que nuestra conciencia nos grite: hipócrita, traidor, apóstata!...

Yendo por este camino, creedme; no hay salvación.

Si en este crítico, en este supremo, en este solemne instante el pueblo no sabe cumplir con su deber, cual es el derrotar en toda la línea á la monarquía por medio del sufragio universal, poniendo en su lugar otro régimen nuevo que nos marque nuevos derroteros, nuevos horizontes y nuevos horizontes, no habremos después de regeneración, no habremos de patria, no habremos de dignidad. No nos extrañemos después de que las demás naciones de Europa nos miren con conmiseración desdenosa, ni que políticos de la talla de Salisbury nos juzguen como una nación muerta, próxima á desaparecer del concierto de los pueblos civilizados.

Esto confirma plenamente lo que en el primer artículo digo en sentido irónico.

Los firmantes de ese documento esperaban, como yo, que el pueblo protestase en las elecciones de todo lo ocurrido. Ya ven lo que ha hecho. Votar á los causantes de nuestra ruina, ó permitir que otros los voten. Total igual.

Hay que trabajar mucho para levantar á un pueblo tan caído. Trabajemos todos, cada uno desde el punto en que está colocado.

Y adelante.

Al de siempre

Estúpido Juanito: aprende á vivir.

Cuando debes algo al Estado, y no se lo pagas bajo el frívolo pretexto de que no tienes un céntimo, llega el recaudador, te apremia, te embarga, y la Hacienda te vende lo embargado.

¿Por qué esto? Por no aprender y practicar lo que hacen las Compañías de ferrocarriles. Nombrá, como ellas, Consejeros de administración á unos cuantos personajes políticos, dales un buen sueldo, y no solamente dejarás de pagar lo que debes, sino que todavía podrás permitirte hablar gordo. Pruéba al canto.

No hay gobierno que haya obligado ni obligue á las Compañías:

A establecer la doble vía que se consigna en los pliegos de concesión.

A colocar en todos los trenes los frenos automáticos.

A poner campanillas ó timbres de alarma, y discos, y agujas.

A cerrar la vía y construir todas las estaciones ofrecidas.

A liquidar los créditos que tienen á favor del Estado: sólo por lo que les anticipó por las inspecciones facultativas y administrativas, le deben de 30 á 40 millones.

A reintegrar el 15 por 100 de billeteaje, que nunca han satisfecho.

A abonar el 3 por 100 de las mercancías introducidas en la Península por su cuenta y los derechos arancelarios por el material fijo y móvil.

A fijar de una manera concluyente á quién corresponden las sumas á disposición, que importan millones y que proceden de aplicación indebida de las tarifas.

A liquidar la subvención de 40 millones de la transacción del contrato con la casa Donon, y el importe de los billetes de andén, cuyo sagrado producto debe ir á los establecimientos benéficos.

Todo esto, amigo Juan, te hará compren-

der que las Compañías esas deben al Estado hasta la respiración, y, sin embargo, aún se atreven á alzar el gallo, siempre que hay divergencias entre ellas y él sobre cualquier punto.

Así, no seas tonto, y rodéate cuanto antes de Consejeros que defiendan tus intereses; de lo contrario, estás perdido. ¿Que dónde los encontrarás? En cualquier parte donde se reúnan hombres de influencia.

Y no vayas á achicarte ni á dudar por que les oigas hablar de honradez, dignidad y amor á la justicia; que eso únicamente puede influir... en el precio de cotización.

Es, como es

Eusebio Blasco, que ha figurado en el escrutinio general con 2.280 votos, comentando el resultado de su elección, dice entre otras cosas:

«No había visto de cerca hasta ahora esto de las elecciones, pero no me quedan ganas de volverlo á ver; porque deja mucha amargura en el corazón presenciar tantas miserias, tantas mentiras, tanta hambre de un día, tanta ambición chica, tanta adulación de á dos duros, tanta expresión de lo poco que vale el ser humano.

Cuando se visita una cárcel, un hospital, una inclusa, se siente mucha pena y algún consuelo en haber consolado á los demás; pero en estas miserias de la política no hay consuelo posible, y si se viviera dentro de ellas, se volvería uno muy malo. Preferible es quedarse en su rincón entre los hijos, los libros y las flores, y ver desde lejos un mundo tan podrido.

No tengo partido ni soy hombre político; soy socialista suelto, escritor humanitario, esp: no afilido de ver al fin del siglo una España tan insignificante. Si al apelar al pueblo he tenido por mí (según mi cuenta, que otro día haremos), de ocho á nueve mil amigos, á esos les doy gracias con toda mi alma por su recuerdo.

A los desconocidos les envío mi saludo en masa; á los que han venido directamente á ofrecérmese, y cuyos nombres, para mí inolvidables, publicaré, les ofrezco lo que tengo. Una amistad sincera, un hogar modesto, una mano amiga. Se convalece de los desengaños como de las enfermedades, y la convalecencia del desencanto es larga. Me vuelvo á mis libros, y me quedo de espectador de todos los odios, rencors, fuls programas, irrisorias protestas de religiosidad y de actos que no van bien con las palabras. A lo menos en el mundo de las letras encuentra el espíritu algo más elevado que en el asqueroso mundo de la política, que es cosa inmoral y á la cual mi alma es refractaria.

Quise representar al pueblo para hacerle bien. No pudo ser. Los que le engañan y le mandan saben, sin duda, que la masa indiferente ó egoísta no merece otra cosa.

¿Pues qué creía Blasco? ¿Que esta labor de defender al pueblo proporcionaba alguna otra satisfacción que la del deber cumplido?

Quien al pueblo sirve, sin pedirle nada, debe estar de antemano dispuesto á saborear la injusticia, la calumnia, la ingratitud. Si algún mérito tiene la obra, es este precisamente.

El pueblo seguirá siempre al que le engaña, mejor que al que le sirva; al que le dé una peseta de presente, con preferencia al que le ponga en condiciones de ganarse cuatro al otro día; se embobará con el jugador de manos y silbará al sabio; en suma, entre Cristo y Barrabás, pedirá siempre que suelten al último.

¿Pero vamos por esto á abandonarlo? ¿Vamos á buscar en su ingratitud pretexto para irnos con los que se aprovechan de esas malas cualidades suyas? No. ¿Ni para retirarnos de su servicio? Menos. Blasco lo dice, y de seguro que no lo hará. Quien ha hecho tanto como él por la democracia, no puede dejar de seguir haciéndolo, aunque quiera.

Y bien mirado, si el pueblo no fuese fanático é ignorante ¿para qué nos necesitaba? Se bastaría á sí mismo.

Saludo respetuosamente á los obreros que en Bilbao votaron la candidatura del socialista Pablo Iglesias.

Y escupo al rostro de los que, siendo obreros, vendieron el voto al capitalista que tenía enfrente.

Puede equivocarse alguna vez el hombre que sigue sus convicciones, sin dejar por esto de ser honrado; el que alquila ó vende las suyas, es siempre un miserable.

CIENCIA Y RELIGIÓN

POR MALVERT

CON 85 GRABADOS EN EL TEXTO

Cada una de estas obras, dos pesetas. Para los suscriptores de EL MOTÍN, una.

LOS SERVIDORES DE LA DEMOCRACIA

DANTON

I

Ha llegado para el gran tribuno la hora de la reparación y de la justicia. Nuestro gran historiador nacional Henri Martin, en una admirable conferencia dada en el Grande Oriente de Francia, vengaba al ilustre revolucionario de las calumnias tan frecuentemente repetidas contra él. Hace algún tiempo, uno de los más sabios profesores de la facultad de letras de Poitiers, monsieur Aulard, demostraba en la revista *La revolución francesa*, que los discursos de Danton habían sido falsificados por sus enemigos. Sobre el mismo tema y en la misma revista, probaba el doctor Robinet, con documentos, que Danton no había tomado parte, en manera alguna, en las matanzas de Septiembre. Cuanto a las acusaciones de traición, venalidad é inmoralidad, tampoco tienen fundamento ni merecen ya crédito. ¿Por qué se han mantenido estas acusaciones con tanta persistencia? Porque Danton, desdeñoso para todo lo que se refería a su persona, se había negado a refutarlas. «Obrar bien y dejar decir», tal era su divisa. «¿Qué importa, exclamaba un día, que mi nombre sea escarnecido, si la Francia es libre!» Este desprecio soberbio de la calumnia y de los calumniadores tiene sus inconvenientes: anima la cobardía de las agresiones, y da consistencia y duración a invenciones engañosas. El deber de los que aman la verdad y consideran como un patrimonio nacional el honor de los grandes hombres, es poner en evidencia la falsedad de los asertos de la envidia, del odio y de la baja.

II

Los tribunos y los hombres de Estado de la época revolucionaria, proceden todos de uno de los grandes filósofos del siglo XVIII. Mirabeau es, bajo muchos aspectos, discípulo de Montesquieu; Robespierre fué educado en la escuela de J. J. Rousseau, y Danton es un hijo espiritual de Diderot. El filósofo Augusto de Comte ha dicho admirablemente: «De Diderot brotó Danton!», y Michelet ha desarrollado elocuentemente esta justa observación. En efecto, lo mismo que Diderot, brilla Danton por la originalidad y la audacia y sale ordinariamente de los trillados senderos. Prescindiendo de toda retórica y no preocupándose más que de la verdad, no hace concesión alguna al mal gusto y a las debilidades de su época. Posee en un grado maravilloso la cualidad más esencial en los hombres de Estado: el desinterés. No se sirve del pueblo; sirve al pueblo. Mientras en torno suyo se olvida la patria y se disputa por cuestiones de preeminencia y de dominación, Danton no se preocupa más que de rechazar al extranjero que viene a invadir nuestro territorio. No es girondino ni montañés, ni republicano y patriota. La política de los grupos y de los subgrupos le disgustaba, y en vez de maniobrar en los pasillos de la Asamblea, hablaba en los comités y en la tribuna. Su objetivo no era el ser ministro, pero aspiraba al título de *libertador de la patria*, y lo consiguió a fuerza de valor, de talento y de abnegación. Este supremo servicio le valió el cadalso y las calumnias, pero antes de morir tuvo derecho a decir al verdugo: «*Enseñarás mi cabeza al pueblo, pues vale la pena de ello!*»

III

Danton nació en Arcis-sur-Aube en 1759. Pertenecía a una familia de la clase media. Muy joven aún, era notable por su fuerza atlética y su valor. Un día que luchaba con un toro, fué arrojado a tierra, pisoteado y herido, conservando toda su vida una cicatriz en un labio. Este rasgo de audacia, esta lucha contra un toro, ha sido marcado por Henri Martin como un hecho simbólico; pues Danton fué no solamente herido por el toro popular, sino muerto por él.

Terminados sus estudios, el joven de Arcis-sur-Aube compró y pagó en dinero bastante, a pesar de lo que en contrario dicen sus detractores, una plaza de abogado en el Consejo de Estado, y era muy estimado y conocido, sino célebre, en el momento de la revolución de 1789. No parece que en un principio buscara con mucho afán las funciones electivas. Danton no formó parte de la Constituyente, prefiriendo sin duda concentrar toda su acción sobre los clubs, cuya importancia era entonces considerable. Realmente nadie estaba mejor preparado que él para desempeñar la misión de agitador popular. Su alta estatura, su voz estentorea, su cabeza de león irritado hacían de él un dominador de las muchedumbres.

En el club que presidió durante mucho tiempo, se profesaba a su persona un culto que llegaba al fanatismo. Señalaremos este rasgo de su carácter: Danton sabía hacerse amar. Royer-Collard nos ha dado la explicación de este hecho, cuando dice: «Danton tenía un alma magnánima.» Tal es el secreto del gran poder de este revolucionario. Ni el odio, ni los rencores, ni la envidia fundan nada ni consolidan nada. Para ser un servidor útil de la democracia, es preciso elevarse a la altura de los principios y vivir en las sublimidades de la abnegación.

Sería indispensable recorrer toda la historia de la revolución francesa para relatar bien la vida de Danton.

Nadie ignora la parte importante que tomó en la jornada de 10 de Agosto. ¿Quién no sabe en Francia de memoria el fulminante discurso que pronunció el 2 de Septiembre de 1792 llamando a los franceses a las armas? El país estaba invadido, circulaban por doquier rumores de traición y rumores de desesperación, y era preciso dar un alma valerosa a la nación aterrada.

En un minuto de inspiración incompara-

ble hizo Danton resonar estas palabras: «El cañón que oís no es el cañón de alarma; es el paso de carga sobre los enemigos de la patria. ¿Qué es preciso para vencerlos y aterrarlos? ¡Audacia, audacia, siempre audacia, y la Francia se salva!»

Fuó salvada, en efecto, y a Danton se le debe; por lo que bien merece el título de libertador del territorio.

IV

La elocuencia de Danton es más celebrada que conocida. Se cree generalmente que conquistó su reputación de orador poderoso por largos discursos y abundantes arengas, y nada hay menos exacto. Las apariciones de Danton en la tribuna eran frecuentes, pero rápidas. Exponía sus ideas en algunas frases cortas y decisivas, y los más largos discursos de este patriota no duraron más de media hora. «¡Tantas cosas en tan pocas palabras!» Hoy se podría decir, al escuchar a gran número de oradores: «¡Tantas palabras y tan pocas cosas!»

En el cadalso fué Danton un verdadero héroe. Proudhon, que ciertamente no puede pasar por un entusiasta, ha escrito que la actitud de Danton ante la muerte había sido lo más sublime del mundo. Bien conocida es su réplica al verdugo, que quería impedirle besar a Camilo Desmoulins, su compañero de suplicio: «Dentro de un instante no podrás impedir que nuestras dos cabezas se besen en el mismo cesto». Antes había dado esta orgullosa respuesta al presidente del tribunal revolucionario, que le preguntaba su nombre: «¿Mi nombre? ¡Lo hallarás inscrito en el panteón de la historia!»

La injusticia de sus contemporáneos condenó su cuerpo a las gemonías, excluyéndole del Pantheon; pero, en cambio, ha conquistado Danton el Panteón verdadero, el que reside en el reconocimiento popular. Lo ha merecido tanto como Washington y Lincoln. Como el primero fué un fundador de República, y como el segundo libertó a su patria, no del azote de la esclavitud, de la invasión extranjera.

Tales son los títulos de Danton a la inmortalidad.

ANATOLIO DE LA FORGE

Dan ganas de hacer una operación sucia viendo lo desafortunadamente que la mayoría de los periódicos que se dicen liberales trabajan en favor del clericalismo.

La escoria liberalesca que se ha pasado a la reacción para racionarse, va a conseguir que llegue yo a mirar con relativa simpatía a los neos de abolengo. Aun cuando es natural lo que hacen. Los que apostatan de cualquiera idea política o religiosa por interés personal, tratan siempre de hacer olvidar su pasado con excesos de celo mentido.

Les pasa lo que a las prostitutas que se retiran del servicio activo por edad. No hay mujer honrada que exagere los escrúpulos más que ellas.

¿Estarán en lo cierto?

Siempre que comienzo a leer algo de lo que los extranjeros dicen de nosotros cuando tienen a bien ocuparse de los asuntos de España, me echo a temblar. El mejor día van a decir que andamos a cuatro pies, dando rebuznos por las calles. Y vive Dios! que si esto por ahora no es verdad, al paso que vamos, lo podrán decir con razón dentro de poco.

Porque ne hay que echárselas de cándidos ni de optimistas. España, si la reacción política y religiosa sigue aumentando en la misma proporción que lo viene haciendo desde hace algunos años, y el pueblo continúa tan pacífico y tan manso como hasta ahora, se convertirá en un país de borregos, donde no ya el rebuzno, que es ruido asaz enérgico y estrepitoso, sino el balido apagado y lastimero será la única forma de expresión que nos quede.

Todo se vuelven quejas y lamentos. Nos quejamos diariamente de los malos gobiernos que nos rigen; nos lamentamos a todas horas de la situación en que nos vemos. La instrucción pública, la administración económica y de justicia, la organización de los elementos armados que deberían constituir nuestra fuerza para defender la integridad del territorio, el comercio, las artes, la industria, la agricultura, todo, en fin, cuanto en una nación representa vida, estabilidad, bienestar y progreso, está en este desventurado país más que viciado, corrompido. Y todo por la apatía, por la inercia mortal del pueblo.

¿No es una vergüenza que las gentes de un país que han sido enérgicas y viriles en otras ocasiones, no sirvan hoy más que para llorar esas desdichas que pueden, cuando les dé la gana, remediar? He ahí la causa por la cual nos juzgan los extranjeros tan desfavorablemente. Nos ven caídos, humillados, impotentes y nos tratan como merecemos. Nadie puede pedir justicia si no es digno de ella.

Estamos caídos porque nos hemos dejado dominar por el absolutismo, y la tiranía de una teocracia egoísta y sin entrañas que nos tiene puesto el pie en el cuello sin dejarnos apenas respirar; humillados porque carecemos de ánimos y energías para sacudir el yugo que nos priva de todo movimiento de libertad, en el amplio y alto sentido que debe darse a este concepto; impotentes porque la falta de instrucción y de fuerzas nos tiene sumidos en la ignorancia y en la miseria.

Y esto que continuamente los extranjeros nos echan en cara como padrón de ignominia, lo conocemos mejor aún los españoles, porque aquellos juzgan sólo por lo que han visto o han oído, y nosotros podemos juzgar por lo que vemos y tocamos y sentimos, viéndonos obligados a dadas la razón cuando tan vergonzoso como justo concepto forman de nosotros. Pero no haya miedo de que hagamos nada por salir de tanta miseria y tanta vergüenza, ni para que nuestros panegiristas rectifiquen sus juicios en sentido lo más favorable.

¿Nos tache de ignorantes, de fanáticos, de serviles?... Bien. Dejémosle que la especie cuando, que la fama de nuestra incapacidad é impotencia corra por Europa y por el mundo. ¿Qué nos importa? ¿Qué más nos da? No hemos de ser tan neófitos

que por lo que digan los vecinos vayamos a armar dentro de casa una zapateada que altere las venerandas y tradicionales prácticas y costumbres a las que debemos esta evangélica mansedumbre y miseria, esta beatífica quietud contemplativa y holgona, este santo embrutecimiento en que vivimos. No; de ningún modo. Digan lo que quieran esos impíos demagogos franceses, nosotros debemos permanecer fieles a nuestras tradiciones. Nada de pensar, nada de discurrir, nada de trabajar. ¿Para qué? La vida es corta, los bienes de la tierra despreciables, y mientras permanezcamos sumisos y obedientes a nuestras instituciones civiles y religiosas, que son las únicas que deben perdurar y prevalecer ante todo y sobre todo, la esperanza de conseguir un sitio allí en el cielo cuando nos mate el hambre y la miseria, no ha de faltarnos como buenos creyentes.

De este modo discurrirán de seguro todos aquellos a quienes la falta de cerebro y de vergüenza les haga estar conformes con tal estado de cosas.

Pero los que no tenemos esa fortuna—y digo fortuna porque es realmente afortunado el que ni tiene vergüenza, ni aspiraciones nobles, ni inteligencia, ni ideales,—no podemos transigir con que se nos trate de ese modo por los extranjeros, y nos sublevamos ante la idea de que aquí no se intente siquiera hacer algo en demostración de que los españoles tenemos capacidad, alientos y energías para ir a la conquista de lo que nos falta para ser un pueblo, «sino rico y fuerte, porque esto no se improvisa, por lo menos libre y digno de respeto y consideración».

JOSÉ CINTORA

El mendigo

Atravesaba una calle. Un mendigo viejo y decrepito me detuvo.

Los ojos hinchados y lacrimosos, los labios azulados, feos harapos, heridas sucias... ¡Oh, la pobreza había dejado horriblemente carcomido a aquel ser desventurado!

Me extendía su mano enrojecida, hinchada, asquerosa, gemía al implorar socorro...

Busqué en mis faltriqueras; ni bolsa, ni reloj, ni aun pañuelo... Nada había traído.

El mendigo aguardaba, y su mano extendida se movía débil y convulsivamente.

Confundido, sin saber qué hacer, di un fuerte apretón a aquella mano temblorosa y puerca.

—No me guardes rencor; nada llevo conmigo, hermano mío.

El mendigo clavó en mí sus ojos cansados, y a su vez oprimió mis helados dedos.

—Pues bien, hermano, me dijo con voz ronca; gracias por esto; también es una limosna.

Y entonces comprendí que yo a mi vez acababa de recibir algo de mi hermano.

IVAN TURGENEV

LOS DOCTORES, LOS FRAILES Y LA ENSEÑANZA

Los licenciados y doctores en las facultades de Ciencias y Filosofía se han constituido en Colegio, como los médicos y los abogados, faltándoles solamente que el Ministro de Fomento dé validez oficial a dicha colegiatura, lo que es lo mismo, que don Luis Pidal salga del ministerio, puesto que este señor no ha de acceder a nada que pueda mermar a los frailes el sabroso juego de la enseñanza.

Hace tiempo que los profesores titulares vienen solicitando de los poderes públicos una cosa muy sencilla, a saber: que la carrera que siguen, y el título facultativo que pagan, les sirva para algo; puesto que hasta la fecha, y salvo raras excepciones, ó épocas raras también, en que ha habido ministros de Fomento con sentido común, todo individuo podía examinar y certificar la suficiencia científica de los examinandos, sin haber nunca probado la suya ni tener obligación de saber leer y escribir.

Para defender sus derechos con más fuerza quieren aquellos buenos señores constituir un Colegio, y pagar contribución por dar la enseñanza privada, formar parte de los tribunales de examen y ejercer las demás funciones propias del título que poseen.

Las aspiraciones de los doctores no pueden ser más legítimas, y en el acto conseguirían lo que desean si no viviéramos bajo un régimen teocrático. Pero antojásemse que van por mal camino; creo que, más tarde ó más temprano lograrán evitar en absoluto que formen parte de los tribunales de examen cuatro desdichados que, sin título alguno, y a veces sin saber lo que pretenden enseñar, trabajan en algunos colegios, tan pobres como ellos, por un pedazo de pan. Pero mejorar la situación de la clase de licenciados y doctores en Ciencias y Letras, tan abandonada en España como protegida en otros países, dudo mucho que lo consigan, si no atacan el problema resueltamente y sin vacilaciones ni consideración alguna al verdadero enemigo. Los que explotan la enseñanza son los frailes; todo el que puede pagar bien la educación de sus hijos, llámese liberal, carlista ó republicano, a los frailes los lleva; sólo quedan para los colegios de particulares la enseñanza de la gente pobre, y la de algunos niños cuyos padres conocen bien las comunidades religiosas, y saben los peligros que en ellas se corren.

Los grandes medios de que disponen los jesuitas, agustinos, escolapios y paules, los privilegios que los gobiernos les conceden, el confesionario, y la extraordinaria benevolencia con que los trata el profesorado oficial, salvo raras excepciones, hacen imposible la competencia entre el maestro negro y el profesor seglar. Y no siendo posible la competencia, es preciso luchar, arrancar la enseñanza de manos de los frailes ó abandonar el campo, y suprimir dos carreras universitarias.

Una perfecta unión entre profesores oficiales y privados, daría resultados positivos.

Tratando a los alumnos de los conventos con el mismo rigor que a los demás, y suprimiendo las comisiones que van a examinar a los colegios de curas, el éxito menor de los exámenes disminuiría la clientela. No perderé el tiempo en aducir datos que todos conocen: leyendo las estadísticas de exámenes referentes a colegios de frailes, de Madrid y sus cercanías, se encuentran muchos centenares de notas brillantes, sin encontrar apenas una de suspenso. Hay algunos, muy raros catedráticos, que protestan de tanta benignidad y quieren examinar de veras; pero estos se encuentran siempre en minoría, y a veces pagan caro su deseo de hacer justicia.

La junta directiva del naciente Colegio de licenciados y doctores conoce todas estas cosas mejor que yo, y sabe que, de seguir la enseñanza en poder de los frailes, es preciso renunciar al porvenir y a la mejora de la clase. Por consiguiente a luchar con denuedo, aprovechando la unión que, según dicen, da la fuerza. Puede ocurrir un fenómeno, hoy día muy frecuente: que suscitada la cuestión en el seno del Colegio, unos no quieran luchar con las comunidades por prudencia, otros por miedo, y otros porque pertenezcan a la Orden. En tal caso el Colegio es el que huela.

En varios puntos de España se han constituido sociedades tituladas *Amigos del Niño Jesús*, reuniendo a los niños todos los jueves por la tarde para explicarles la doctrina, previa entrega de cinco céntimos.

¡Cinco céntimos! ¿Quién le dijera a cada niño que acaso es una pequeña moneda que entrega, irá con otras por criminales caminos a una fábrica de cartuchos, de donde saldrá el que ha de matar a su padre ó a su hermano?

Porque no hay que darle vueltas; todo lo que hoy se inventa para sacar cuartos en el campo clerical, va derecho a los carlistas.

Contribuid, pues, liberales de ojaldre, demócratas de pasta de arroz, republicanos de biscuit, a que los carlistas adquieran armas para rompernos el alma.

CUENTOS DE LOCOS

(SI TODOS FUESEN LOCOS)

(ENTRE UN DEMENTE Y SU CAMARERO)

—Banco de España: Diez millones para Pepe.

—Vamos, don Manuel, tome usted la sopa.

—¿La sopa? Yo la pago; he dicho que la pago. Sindicato central de las agrupaciones mineras de la cuenta del Ebro; tres millones de francos inmediatamente, tres mil...

—Que se enfria, don Manuel; vamos con un poquito.

—¡Ilones. Trescientos millones.

—Que se enfria, vamos con un poquito.

—¿Un poquito? Mucho, mucho. Banco de Londres: acepte usted mis cheques que son corrientes. Enseguida: un millón de libras esterlinas. Para ahora tengo.

—¿Don Manuel!

—¿Sí que tengo.

—Mire usted que me enfado.

—¿Por qué? ¿Quieres dinero?

—Lo que quiero es que tome usted la sopa.

—¿La sopa? Yo no quiero sopa; yo no como sopa; yo tengo mucho dinero para comer sopa. ¿Qué quieres? ¿Cien millones? ¿En liras? Te los doy a la vista Sociedad Internacional de...

—Que me enfado, don Manuel; que me enfado.

—¿Porque no las tomo?

—Pues, ea.

—Pero si te la pago.

—Pues tómela usted.

—Te la pago y no la tomo.

—Creo no está bien.

—Y tú has pagado siempre todo, absolutamente todo lo que has tomado?

—No hablamos de eso.

—Contesta y di la verdad. ¿Has pagado siempre? Contesta la verdad, ó no tomo la sopa.

—¿Has pagado siempre lo que has tomado?

—Siempre, no.

—Pues desátame, y te ato.

SILVERIO LANZA.

Cifras aterradoras

Según la Memoria del fiscal del Supremo, en el último año se sobreesayeron 17.262 causas criminales.

Suponiendo que sólo sufrieran prisión preventiva dos individuos por causa, resultan 34.524 inocentes sometidos a la acción de los tribunales.

Calculando que unos con otros ganaran tres pesetas, se perdieron diariamente jornales y sueldos por valor de 103.572 pesetas; y estimando en un promedio de treinta días la detención, dan un total de 3.107.160 pesetas, ó sea 12.428.640 reales; cifra a la que hay que añadir las estancias que causan los presos y otra infinidad de gastos, que la aumentan en más de un tercio.

Millares de familias perturbadas, trastornos, martirios, ¡qué cuadro más soberbio de dolores! Mas como ahora se califican de sensiblerías estas cosas, pasemos por alto.

Si cualquier organismo social cometiera al año 17.262 equivocaciones, aun cuando sus consecuencias nunca pudieran ser tan terribles como las equivocaciones de la justicia, quedaría desacreditado por completo, y cabría preguntar, a la vez que se estudiaba el medio de suprimirlo: «¿no causa la

justicia, administrada así, mayores males de los que está llamada a evitar? ¿no costaría menos a la sociedad la impunidad de los verdaderos delincuentes?»

Si fuera posible reunir un día dado en una manifestación a todos los inocentes procesados anualmente en España, asustaría por su número. Como asusta el pensar esto:

Si la justicia confiesa que se ha equivocado en un año 17.262 veces, ¿quién puede garantizar que en las causas falladas no se haya equivocado por lo menos en la mitad? Y esto es más horrible todavía.

Aunque con exageradas limitaciones, el imperio alemán ha dictado una ley para que sean indemnizados los que sufran perjuicio por errores judiciales en la parte criminal.

Por los datos apuntados se comprende que aquí sería imposible dictar una ley parecida. Se gastaría el presupuesto entero en esas indemnizaciones.

TRACIO

Copio de *La Unión Republicana*, de Palma, correspondiente al 11 de Abril:

«Hemos oído relatar un hecho sucedido en el colegio de los PP. escolapios con un niño de seis años, que subleva a toda persona; la moral nos impide detallar el hecho y si recomendar a todos los padres de familia que se abstengan de mandar a sus hijos a tan aprovechados PP.»

Otro Tirteafuera tenemos, es decir, otro hermano Flaminio.

Compadezco a los niños que tienen padres tan despreocupados que los exponen a tales perances deshonorosos.

En muchos casos, tal vez sea para que no se interrumpen las vergonzosas tradiciones de familia.

Crónica rural

Sr. D. José Nakens.

Querido amigo: Ayer estábamos reunidos unos cuantos en los pies de la Plaza, y Pocapena, que para mí es una cabeza, nos preguntó:

—Si pudiérais votar con libertad absoluta, y después de meditarlo bien, ¿a quién votaríais para que os representara?

—Yo a nadie.

—Ni yo tampoco.

—Como no fuese a mí mismo...

Pues eso prueba que cada hombre tiene una opinión diferente; pero como los conceptos, ó los partidos, en política sólo pueden ser muy pocos, resulta que cada hombre no piensa de las diversas maneras que según el estudio se puede pensar en política, sino que piensa únicamente en ser poder, si él es bueno para que los demás no sufran como él ha sufrido; y si es malo, para reventar a los demás lo mismo que a él lo han reventado.

Todos aplaudimos a Pocapena, porque lo cierto es que siempre atina.

Luego nos estuvimos riendo del timo que le han dado a mi tocayo, el Silvela, porque un timo así no se lo dan a ninguno de este pueblo ni de ningún pueblo de España. Porque a lo mejor cuentan los papeles de Madrid que a un paleta le han timado doscientas pesetas por el del entierro, y lo que hay es que el paleta se las ha fumado y para arreglar la cosa con su mujer ó con quien pueda reclamárselas, dice que le han timado. El tío Quedito cuando fué a Madrid, llevó por encargo dos capones, y dijo que se los habían quitado los de consumos, y lo que hizo fué comérselos en una taberna de la Cava baja.

Pero a don Francisco se la han dado con queso, porque él, sucesor de aquel Cánovas que hacía obispos pero no les hacía caso, se ha unido con los beatos, y cuando nosotros creíamos que eso lo había hecho para que no hubiese guerra carlista, resulta que los carlistas van a la guerra.

Pues si ve usted a Silvela en el café, dígame usted que dice este pobre labrador que en la guerra de Cuba unos españoles han ganado, otros han salido en paz, y otros hemos perdido. Y los que hemos perdido nos hubiera tenido cuenta irnos con los yanquis, y no lo hemos hecho porque en España todavía tienen vergüenza los que les toca perder. Pero en la guerra carlista tiene que ir por delante el dinero de los curas, porque si a los curas nunca les ha de tocar la de perder, pues todos los españoles nos haremos carlistas, y ya que estamos dominados por los frailes, siquiera que nos den sopa.

Y si no, no se lo diga usted, porque el hablar con señores siempre es para disgustarse.

Y nada más por hoy.

El pan ha bajado del todo; los panecillos cuestan menos y son más chicos.

Adiós, y usted mande a su servidor que lo es

EL SEÑOR FRASQUITO

Valcalquier, Abril, 17 99.

Niños y Mujeres

EL CÓDIGO PENAL

Ahora que se trata de reformarlo, debería adicionársele este artículo:

«Todo hombre soltero, casado ó viudo, que en cualquier forma viva del trabajo de una mujer, aunque sea su madre, su hermana, su esposa ó su amante, será condenado a cadena perpetua.

Se exceptúan únicamente los casos de enfermedad ó impedimento físico.»

Adicionado este artículo y aplicado rigurosamente, la inmoralidad reinante recibiría golpe rudo.

Son tantos los sinvergüenzas que de los esfuerzos de la mujer viven hoy, lo mismo de los decentes que de los deshonorosos,

que asusta. Desde el chulo que saca á la prostituta de infima categoría los céntimos que se agencian en su asquerosa faena, hasta el señorito que tiene por querida á una vieja rica, la lista es interminable.

Prescindiendo de los maridos que nunca se enteran de lo que ven, hay gran variedad de canallas en el gremio matrimonial; las pobres mujeres que tienen oficio pueden atestiguarlo. Por regla general, á mu- jer que trabaja, marido que huelga y se gasta en la taberna, en el café ó en los to- rris lo que ella gana. Y menos mal si se lo gasta con maña y no con amenazas y gol- pes.

Tan corriente es ya esto de que los hom- bres vivan de las mujeres, que nadie lo extraña, y hasta hay hembras que lo en- cuentran justificado.

Antes se citaba á los hombres que se arruinaban por las mujeres; hoy se cita á las mujeres que se arruinan por los hom- bres. Aquello era, si no virtuoso, decente; esto es criminal, y algo peor aún: innoble.

Las ventajas que para la sociedad tra- ría esa pequeña adición del Código, son incalculables; mas aun cuando no fuese otra que la de lanzar al trabajo ó llevar al presidio á tantos seres abyectos ó degra- dados, bastaría para recomendarla.

Telegramas retrasados

Coruña 8 Abril.

«Presidente Antorcha Galicia Libre» pami- ento al Ministro Gracia y Justicia, Madrid. Quinto precepto de código «No matarás» Código penal Estado «católico» español orde- na matar reo Santalla.

«Si vuestro no aconseja indulto, será que no cree procedencia divina Decálogo, ó que se de- clara rebelde al mandato de Dios.»

«Qué lástima de dinero el gastado en el anterior telegrama, á no ser tan hermosa la intención que lo dictó!

Se necesita candidez para creer que nin- gún ministro católico pone la ley divina so- bre la ley humana, por cruel que ésta sea.

Sigüenza 10 tres tarde.

Nakens.—Madrid. Es tal número zánganos abandona arado apren- der oficio cura, que obispo niégase trasquil- lar en previo depósito siete mil pesetas por círculo.

Tal motivo gran remanente redolgo preten- diendo órdenes en vano ineptos trabajo.

No sabemos qué hacer de ellos. Diga si puede ocuparlos Morín.—Remigio.

Dentro de breves días le indicaré el em- pleo que debe darse á tan apreciables jóve- nes. Entretanto dígame por qué razón huye- ron de Sigüenza los padres paules, tan pron- to como hicieron efectiva la herencia de las señoras Pardo; y si los herederos de estas beatas han entablado reclamación acerca de la legalidad del testamento.

Mis odios

El odio es santo. Es la indignación de los corazones fuertes y poderosos, el des- dón de las personas á quienes la media- nía y la necesidad ciegan.

Odio es amar, es tener el alma fuer- te y generosa. El odio consuela; el odio hace justicia; el odio engrandece.

Cada vez que me he revelado contra las sociedades de mi tiempo, me he senti- do rejuvenecido y cobrado más aliento. He hecho mis compañeros al odio y á la arrogancia; me he complacido en aislarme, y en mi aislamiento he querido odiar á cuantos atacaban lo justo y ver- dadero. Si hoy valgo, es porque estoy solo y porque odio.

Odio á los hombres incapaces ó im- potentes; me molestan. Me han quemado la sangre y han estropeado mis nervios. Nada hay más irritante que esos brutos que al andar se balancean como los patos y os miran con asombrados ojos y con la boca abierta. No he podido jamás dar dos pasos sin encontrar tres imbéciles, y esto me causa pena. Por todas partes los hay.

El vulgo se compone de necios que os salen al paso para salpicaros el rostro con la bota de su mediana. Estos ne- cios se mueven y hablan, y su aspecto, gesto y voz me incomodan tanto, que, como Stendhal, antes quiero un pícaro que un tonto. ¿Qué podemos hacer de tales gentes, pregunto, en los difíciles tiempos de luchas porque atravessamos?

Al salir del viejo mundo nos precipi- mos al nuevo; los imbéciles se cuelgan de nuestros brazos, entorpecen nuestros pasos en medio de estúpida carcajada y de sentencias absurdas que hacen res- baladizo y penoso el sendero que hemos de correr. En vano queremos despen- darnos de ellos; nos oprimen, nos aho- gan y se pegan cada vez más á nosotros.

Estamos en la época de los ferrocarriles y el telégrafo eléctrico, que nos trans- portan en cuerpo y alma á lo infinito y á lo absoluto; en época grave é inquieta, período de gestión de una nueva verdad de la inteligencia humana; y hay, sin embargo, hombres necios y nullos que niegan lo presente y se pudren en el pe- queño y nauseabundo charco de la tri- vialidad.

Los horizontes se ensanchan, la inten- sidad de la luz aumenta hasta iluminar el espacio, y ellos entre tanto se revuel- can en el tibio fango, donde su vientre

digiere con voluptuosa lentitud; cierran sus ojos de buho que la claridad ofende, y dicen que se les perturba y que no pueden reposar tranquilos rumiando á sus anchas la paja que á boca llena han comido en el pesebre de la necesidad común.

Podremos conseguir algo de los locos; los dementes son enfermos del espíritu y del corazón; almas desdichadas, pero llenas de vida y de fuerza. Quiero es- cucharlos, porque siempre espero ver brillar en medio de los caos de sus pen- samientos, alguna verdad suprema.

Mas, por amor de Dios, que maten á los necios y á los tontos, á los incapaces y á los cretinos; establezcanse leyes que nos libren de esta gente que abusa de su ceguera para decir que es de noche.

Ya es tiempo que los hombres de va- ler tengan su 93. El insolente reinado de los tontos han cansado ya al mundo. Los tontos, en masa, deben ser conduci- dos á la plaza de Greve.

EMILIO ZOLA

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

45 folletos.—15 céntimos uno.

Colección completa, 5 pesetas fran- ca de porte y certificada.

Para los suscriptores á EL MOTIN á 10 céntimos, cargándoles únicamente el certificado.

Pueden pedirse sueltos.

Hablillas de los impíos

Dicen que hace mucha hambre. Mentira, ó exageración por lo menos.

No digo que los jornaleros coman salmo- nes ni faisanes, no; sería incurrir en la nota de exageración que censuro; además, no hay animalitos de esos para todos, y de comerlos alguien, justo es que sean aque- llos que los paguen mejor.

¡Pero carecer en absoluto de pan, de pa- tatas, de carne cada ocho días siquiera, y de vino nunca, aquí donde tanto se pro- duce! Esto sí que no lo creo. Llevamos veinte siglos de redención, y no cabe ni sospechar que pueda haber tales miserias en una so- ciedad cristiana.

En otros tiempos, aun siendo ya la so- ciedad cristiana, pudo ocurrir eso, porque la fe había venido muy á menos á causa de lo que aquel impío Mendizábal (que en el infierno está), hizo con las pobrecitas órdenes religiosas. Pero hoy que han vuel- to á posesionarse de España, ¿cómo ha de morirle nadie de hambre? Los que tal di- cen las ofenden, así como al clero, manso, caritativo y humilde.

Buenos son ellos, frailes, curas, herman- dades, beatos agremiados ó sin agremiar, para ponerse ni una vez á la mesa sin saber que disfrutan de igual beneficio todos los hermanos en Cristo que viven en los dominios á donde su caridad puede esten- derse. Se les atragantaría el primer bocado que tomasen. No los conoce bien quien tan mal los juzga.

¿Qué había yo de creer, aunque me lo dijeran frailes descalzos, que éstos, ni los calzados, ni los curas, ni la gente beata habían de consentir que los jornaleros y sus familias estuvieran hambrientos y tiri- dando, mientras ellos guardaran en sus conventos una libra de pan, en sus iglesias alhajitas valiosas, en sus casas joyas riquí- simas?

Por eso, y mientras yo vea que se levan- ta un convento en cada esquina, y á los obispos en coche, y á los curas y á los frailes cebados, y resplandecientes de galas y pedrerías á las señoras que concurren á las iglesias, y que se celebran espléndidas pro- cesiones cada semana, y á diario costosas novenas, y que se pide dinero para el Papa en todos los tonos, no creeré en esas noti- cias que cada día estampan los periódicos, sin duda con la pecaminosa intención de turbar las digestiones de las personas reli- giosas; lamentando á la vez que se supo- ga siquiera que puede morir de hambre nadie en un país donde el catolicismo aca- para, entre lo consignado en presupuesto, derechos de pie de altar, rifas, fiestas, li- mosnas, etc., sin contar lo que hereda in- directamente, sobre un millón de reales cada día.

Y aún me quedo corto.

MUCHO OJO

Los jesuitas son listos y sagaces. Con la elasticidad de los reptiles saben introducirse por cualquier resquicio por estrecho que sea. En sus doctrinas, y con tal que les reporten algún beneficio ó medro, caben todos los programas. Aceptan todas las ideas. Todos los caminos son buenos para ellos.

Acudirán, pues, hipócritamente disfrazados, al campo republicano, al socialista, á las asociaciones liberales, á las agrupaciones obreras, á todas partes donde puedan llevar el veneno de su política tortuosa y rastrera, con el fin único de desvirtuar todo lo justo, todo lo noble, todo lo grande, todo lo hu- manitario que dichos elementos sustentan y defienden de buena fe.

Hay que estar ojo avizor. No dejarse sor- prender por ese enemigo mortal, traidor y cobarde que jamás presentará la cara, sino

que os herirá villanamente y por la espalda en cuanto vuestra imprevisión ó torpeza le dé ocasión para ello.

Ojo, mucho ojo con esa canalla que tiene como lema el axioma de que «el fin justifica los medios».—J. C.

MATEMÁTICAS DE UN JORNALERO

Yo soy un jornalero que gano seis reales el día que hay trabajo. El año tiene 365 días, y á razón del jornal expresado, debiera ganar anualmente la bonita suma de 2.190 reales; cantidad que mu- chos seres inútiles pierden en una hora al monte ó están en un traje para una prostituta.

Bueno; pues si trabajo con un amo devoto pierdo el jornal de 51 domingos, de 18 días de fiesta y de 6 santos y santas del lugar, á quienes hay que hacer el sacrificio de unos cuantos jornales para que su gloria sea más gloriosa.

Luego vienen los días de lluvia, los de viento y los en que no se encuentra trabajo, y sin exage- rar puedo arreglar la cuenta en la siguiente forma:

Días del año.....	365
Domingos y días de fiesta en que ni la Iglesia ni las beatas y beatos ricos per- miten que se trabaje para que no se con- denen los trabajadores.....	69
Días de parada forzosa por temporales de lluvias y vientos.....	40
Días del santo ó de la santa, del Cristo ó de la Virgen del pueblo, que represen- tan huelga, folgorio y borrachera de los que tienen fe... ó dinero.....	6
Huelga triste, ó falta de trabajo.....	60
Días de elección en que el amo lleva á los jornaleros á votar á la manera de burros de reata.....	1
Días perdidos. Total.....	176

O sean 1.056 reales perdidos, restándole del producto de los 189 días útiles del trabajo neto la suma de 1.134 reales, con los que tengo que atender á las necesidades de mi familia por es- pacio de 365 días. Ahora, veamos lo que puedo aho- rrar de mis 1.134 reales, estrechando la cuenta y la vida todo lo posible:

Tengo una esposa medio enferma á consecuen- cia de los deberes maternales, que por fuerza ha de criar sus hijos con su sangre debilitada por la insuficiencia de alimento, y además me rodean cuatro pequeñuelos á quienes hay por fuerza que alimentar. (Los caballeros del ahorro me aguiar- ñando que quien autoriza á tener hijos á un pe- queño como yo, pero tal objeción es un sacrilegio atentado á Dios y á la Naturaleza.)

Resultado: que con 1.134 reales he de pagar el alquiler de casa, cédula personal (este es un re- quisito indispensable para nutrir vagos), médico, botica, y llenar de bazofia insana el estómago de mis criaturas para que no perezcan de hambre. Del gasto de vestido no hago mención, porque con los trapos desechos de los mayores se cubren los menores; que es preferible que parezcan arlequi- nes, á que sus amoradas carnes y sus miembros ateridos vayan á la intemperie...

Y con medio real por barba, no creo que puedan hacerse los cacareados ahorros que ciertos imbéciles pregonan como maravilloso elixir de la vida social.

IGNACIO RODRIGUEZ ABARRÁTEGUI

¿Quiénes son aquellos mis que van tirando de un carro con teja un día y con madera otros, por la calle de Colón en Vigo, y tan cargados, que apenas pueden avanzar?

—Los niños de la escuela de los sales- ianos, según lo confirma el Padre que va detrás sin inquietarse por los esfuerzos que los pobrecillos hacen por seguir ade- lante.

—¿Y para esos salesianos que emplean á los niños como bestias de carga decre- to el municipio 1.500 pesetas de subven- ción?

—Para esos, en lugar de haber salido del paso con una peseta de escobas que los hubieran barrido hasta más allá de la frontera.

Aunque entonces, quizá los mismos padres de esos niños tan brutal é indignamente tratados, hubieran pretendido impedirlo; que son muchos los animales de ese jaez que hay en España.

Vengan esos cinco

En el Parque Central de la Habana se re- unen todos los españoles faltos de trabajo y de recursos para volverse á España.

Y allí van unos agentes carlistas ofrecien- doles recursos si se alistan para venir á pe- lear bajo las banderas del *Chapa*.

Indignado un periódico obrero, *El Nuevo Ideal*, de esta maniobra, les larga la siguiente andanada:

«Los que se han opuesto á la independencia de esta tierra, quieren oponerse ahora á la de su país, volviendo á reproducir tantos críme- nes como se cometieron en la guerra carlista, sin fin noble ni patriótico, solamente por defender la aspiración de un imbécil á ceñirse la corona á costa del infortunio y la ruina de una nación.

Todos los que sienten en su pecho un átomo de amor á la libertad, deben trabajar por hacer estéril esa propaganda de los que, á la sombra de una libertad, que detestan, quieren para su patria el reinado de la esclavitud, trayendo el sucesor de Felipe V que nos hizo perder cuanto poseá- mos en Europa, y de Fernando VII, que nos hizo perder toda la América.

No; aquí, en esta tierra de libertad, no debe consentirse que los descendientes del imbécil y sanguinario Fernando VII quieren manchar el suelo de España con sus botas de llenas de sangre liberal. Esos miserables que quieren hacernos más odiados todavía por el mundo que es libre, quieren retroceder al siglo XII, cuando precisa- mente por gobiernos de esa índole hemos sido arrojados á pantanos de la América y aun de los mares de Asia.

Inspírense esos españoles inconscientes que quieren pelear por don Carlos porque creen— ¡ilusos!—que éste puede volver á conquistar lo que perdió España, inspirense, repetimos, en los actos del pueblo cubano, que desde la república ha trabajado por ver su patria libre é indepen- diente. Eso es lo que debe hacerse; trabajar para que en España empiece una verdadera era de li- bertad y regeneración, dentro de la cual podamos trabajar con más desahogo para dulcificar la si-

tuación del obrero, preparando para lo futuro la conquista del ideal que nos inspira.

Pero volver al reinado de las cadenas, sólo se les ocurre á los imbéciles ó á los malvados que, sedientos de sangre liberal, quieren hundir á Es- paña de una vez y para siempre.

¡Guerra al carlismo! Que esta tierra regada con la sangre de los que pelearon por la indepen- dencia, no puede servir de campo de operaciones á los degradados defensores del absolutismo.»

Gracias, compatriotas que así veláis desde extraña tierra [¡qué cuesta decirlo tratándo- se de Cuba!] por la honra y la dignidad de la madre común, esta pobre España víctima de tantos malvados.

EL MOTIN os saluda cariñosamente mien- tras continúa escupiéndolo al rostro de los que agitan esa odiada y odiosa bandera aquí.

¡MILAGRO!

I

Murió su madre. Anoche

se la llevó el furgón...

Aún el rodar del coche

resuena en los oídos,

y aún vibran los gemidos

de la última oración.

Por un fatal presagio

no la dió en su agonía

ni un beso ni un adiós.

—«¡Libradla del contagio!...

que no entre aquí—decía—

no muramos las dos.»

Y á un Cristo de madera:

—«Señor, cuando yo muera,—

fervientemente suplico—

sed vos quien la dirija.

Haced dichosa á mi hija...»

Y luego le besó.

II

Besó el Cristo mil veces,

la niña, y en sus preces

la muerte le pidió;

y al verla tan hermosa,

tan triste y tan llorosa...

¡el Cristo la escuchó!

Murió también, y anoche

se la llevó el furgón...

Aún el rodar del coche

resuena en los oídos

y aún vibran los gemidos

de la última oración.

III

La Ciencia, que no reza,

negó el milagro y dijo

despótica y cruel:

«Ha sido una torpeza

besar el crucifijo...

¡Se contagió por él!»

PEDRO SABAU

REGENERACIÓN

Retumbante y hermosa palabra, más todavía cuando se aplica á una nación que ha llegado al colmo de su decadencia.

Rara vez me acuerdo de los sueños que tengo; pero soñé mucho sobre el particular hace unas noches, sin duda alguna por tanto como se ha hablado sobre este punto. En mi sueño viajé por toda Es- paña, hice parada en casi todos los pueblos de sus provincias y no oí más que quejas y lamentos. El comercio, la industria y la agricultura perdidos; el bracero, que depende de estos ramos, lleno de miseria; sus vestidos andrajosos, su color anémi- co probaba lo poco y mal que se alimenta. En va- rios cafés y casinos de los puntos que frecuenta- ba intervenía en las conversaciones con los veci- nos, y les preguntaba quiénes eran los que en- traban y salían. Y solían responderme: «Ése es un usurero que con dos mil duros que tenía hace doce años es dueño hoy de casi todo este término mu- nicipal.»—¿Cómo se comprende eso?—Empezó á dar dinero sacándole un real por duro al mes, de donde le resultaba una ganancia de sesenta por ciento al año, esto sin contar con que el bueno del hombre, al llegar la época de la siega, anda- ba á la pesca de los labradores apurados, y toma- ba por dos mil reales y por plazo de tres meses, mil de ganancia; (poniendo, por supuesto, en los pagares, en vez de dos mil y réditos, que prestaba, tres mil sin interés alguno, con lo cual cubría las formas legales y las sociales). De esta clase de ti- pos encontré muchos, pero nunca imaginé que este mal fuera tan contagioso.

Al tomar un día café en uno de estos casinos en la provincia de Sevilla, vi entrar juntos á tres individuos muy gordiflones y á otros tres muy flacos, los primeros con unas esperturas muy lle- nas; los segundos se balanceaban al menor soplo de aire. Pregunté al conserje quiénes eran, y me contestó: que los tres gordiflones eran us- ureros y los tres flacos, el uno era conocido por don Juan el Comerciante, el otro por don Pedro el Labrador y el otro por don Jaime el Industrial. Después que los enflaquecidos convidaron á los gordos, se suscitó entre ellos una conversación algo desagradable, y me enteré que se trataba de la recogida de unos pagares. No pudiendo reco- gerlos á los tres días quedaron judicialmente el comerciante, el agricultor y el industrial arrui- nados por sus respectivos acreedores. Procuré tener una entrevista con las víctimas, y el labrador don Pedro me refirió, que á consecuencia de tres años malos se había visto precisado á tomar dinero á réditos, y que, después de haber hipotecado á re- troventa dos fincas que tenía por valor de cinco mil duros al doce por ciento de interés, al cum- plir el plazo, aunque las fincas valían doce mil du- ros, no encontró quien le diera el dinero para pa- gar á su acreedor y que éste se había quedado con ellas.

Don Juan el Come. ciente me dijo, que por es- tar malas las ventas tuvo, para atender al pago de una Letra, que pagar á un prestamista la primera vez que acudía á él, un real por duro de réditos al mes; no pudo reponer á tiempo y tuvo que abonar réditos de réditos; y así llegó un día en que, apre- miado por el prestamista, tuvo que entenderse con otro, que le llevó real y medio por mes y por duro; y que á los cuatro años de estas opracio-

nes enlazadas, había perdido su crédito, habién- dose embargado su acreedor último lo poco que le quedaba.

Don Jaime el Industrial me dijo poco más ó menos, y después de oír su relato me fui á comer lleno de amargura.

Después de haberme sentado mal la comida por las relaciones que de labios de aquellos tres desgraciados había oído, pensé tomar una copa de jinebra como tónico, y volví al establecimiento donde por vez primera los había visto. Serían las nueve de la noche, y en las diez mesas que había, cercadas cada una por seis u ocho hijos del pueblo, no se hablaba de otra cosa más que de los em- bargos, comentándose el hecho en estas ó pare- cidas palabras: ¿Quién pudiera realizar sus fincas, fábrica y comercio, aunque fuera perdiendo una tercera parte y echarse á usurero? ¿Qué ganamos nosotros los agricultores, industriales y comer- ciantes, á menos que seamos millonarios? Dis- gustos y sinsabores. De día mucho trabajar, mu- cho echar cálculos, pensando siempre en la atmós- fera, si llueve, venta ó calienta mucho el sol, y á lo mejor de nuestro sueño despertamos pensando en que se acerca el día de hacer el pago de los tributos, el pago á los operarios, ó la letra que vence. En cambio, el usurero no tiene que pensar en si llueve ó ventea, si hace mucho calor ó mu- cho frío. No tiene que trabajar para nada. Su renta está asegurada y con creces. Es libre, no paga tributo alguno al Estado. El no piensa más que en pasear, levantarse á las diez ó las doce de la mañana. ¿A quién, pues, no le conviene ma- terse á usurero?

En uno de aquellos corros oí decir á otros: «Tontos; bien empleado les está lo que les pasa á los arruinados de hoy; cuando pensaron en esta- blecerse ya les aconsejamos que se dejaran de música de industria, agricultura y comercio; bien le anunciamos que de todos esos tráficos no sacarían más que ruinas y dolores de cabeza. Si se hubieran hecho prestamistas tendrían su capi- tal cuadruplicado ahora, mientras que después de lo que han pasado, se encuentran sin un céni- timo y si llegan á caer malos, tendrán que ir á curarse á un hospital.»

JOSÉ LEAL

Lora del Río, Abril 4 1899.

No hay salvación

En *La Concordia*, diario que se pu- blica en esta población, leo la siguiente noticia sensacional:

«El general Lachambre ha ofrecido al padre Sacrest, provincial de los Dominicos, informar favorablemente la concesión del cuartel de Santo Domingo (Coruña) para dicha orden...»

Muy bien, pero muy bien. Esa pro- tección se la merecen con creces los frai- les que acaban de demostrar en el archi- piélago filipino su entrañable amor por España.

Sólo una cosa censurable veo en la conducta observada en este trascenden- tal asunto por nuestra autoridad mili- tar, y es el que se muestre tan parco en otorgar mercedes.

El magnífico cuartel de Alfonso XII reúne mejores condiciones para alber- gue de Dominicos, que el edificio car- comido y ruinoso de Santo Domingo. ¿Por qué no concedérselo al padre Sa- crest y edificar además en su obsequio, con el dinero del Tesoro público, un templo suntuoso en donde la comunidad pueda cómodamente elevar preces á Dios para que nos auxilie en nuestra regeneración?

Es cierto que los puertos de Galicia, visitados con sospechosa asiduidad por las formidables escuadras británicas, carecen en absoluto de defensa, pero no pasen cuidado los impíos que todo lo fían á los modernos elementos de gue- rra.

Hay otro medio de contrarrestar la influencia de esos intrusos, y aun de vencerlos, en caso necesario. Con una docena de frailes masculino padre- nuestros, una cruz y el hisopo en la diestra, no hay flota, por poderosa que sea, que resista.

Bendita mil veces la previsión de nuestros gobernantes y aun más bendi- ta la idea de convertir los cuarteles en conventos.

¡Así es como se regenera la patria, así!

JOSÉ MOSQUERA CARTON

Vigo 15 Abril 1899.

UN SONETO

DE ANTHERO DE QUENTAL

EL CONVERTIDO

Entre los hijos de una edad maldita que su holgar me ofreciera y su pereza un lugar ocupé, con la tristeza de un ansia irrealizable é infinita.

Ante la imagen de la fe bendita, risas lancé de hielo y de impureza... Mas una vez faltome la firmeza y el alma mía se alarmó contrita.

Vermo y lleno de tedio, de quebranto rompiendo el dique al reprimido llanto mi espíritu hacia Dios tornose, triste...

Amortajé en la fe mi pensamiento, paz halló en el olvido mi tormento... ¡Mas me falta saber si Dios existe!

por la traducción

VIRIATO DÍAZ PÉREZ

Madrid, Abril, 1899.

Chismes sin importancia

Que el clero de la catedral de Plasencia no está á la altura de su misión... ¡Y cómo

ha de estarlo teniendo a su frente un carlistón tan ignorante y fanático como Perico, al que hasta los gobiernos reaccionarios han tenido que atar corto en varias ocasiones?

Que el clérigo que no se humilla de una manera indigna y vergonzosa no solamente no prospera sino que es vejado y perseguido... ¿Y qué cosa más natural en todas partes donde la sabiduría no gobierna, la tolerancia no reina y la caridad vive ausente?

Que los seminaristas, aunque sepan mucho, no logran verse ordenados, si no llevan influencia, de monjas especialmente... ¿Y en dónde no ocurre lo mismo, cuando las Madres tienen a toda hora entrada libre en el palacio episcopal?

Que si los cargos se proveen en los más ineptos, como acaba de ocurrir en las últimas oposiciones para la provisión del cargo de magistral, que ha recaído en un clérigo de condiciones medianísimas... ¿Sabe usted de alguna diócesis regida por obispos adocenados donde no ocurra lo propio?

Que a menudo necesitan ciertas Hermanas cambiar de aires, como le ocurrió hace poco a una del Hospital, hecho que sabe con todos sus detalles una vieja con manitos que toda Plascencia conoce... ¿En qué tratado de Higiene ha leído usted que sea pecado cambiar de aires?

Quedamos, pues, en que cuanto se me dice desde Plascencia son chismes sin importancia.

Que no se trabaje los domingos... Que las mujeres no se dediquen a ciertas labores... Que los niños no comiencen a ganarse la vida hasta tal edad...

Todo esto es noble, humanitario, sublime, pero impracticable.

Mientras el trabajador no gane lo suficiente durante los seis días de la semana para atender a sus necesidades, trabajará y hará trabajar a sus hijos.

Y en tanto que la mujer no tenga asegurada la vida sin prostituirse, buscará el pan para los suyos en cualquier labor, por homicida que sea.

El instinto de conservación se impondrá siempre a las leyes más justas, como no sean muy eficaces.

EL NEO

Buffon no pudo clasificar la alimaña llamada por la ciencia moderna el neo. Mas como es digna de figurar en la historia natural, vamos a describirla.

Su corteza externa es negra como la de los coleópteros (escarabajos peloteros), y como este repugnante insecto arrastra la basura en que trabaja, caminando hacia atrás. Su repulsivo aspecto levanta el estómago.

Tiene este asqueroso animalito la sangre blanca y fría, como todos los de su especie, y el corazón con una sola cavidad; pero en cambio su estómago es doble como el de los rumiantes, y tiene sacos bucales como los pavos. Estas cualidades le obligan a comer de un modo superior al de las serpientes, si bien a diario, por efecto de sus extraordinarias fuerzas digestivas.

Sus cuatro patas están provistas de ganchos y papilas, por cuyas extremidades desprende un jugo viscoso que le permite, no sólo agarrarse hasta la tersa superficie de la honra, sino apoderarse de todo aquello que le hace falta ó desea.

Los tentáculos que adornan su frontispicio despiden un olor tal, que respirado por el ser humano, y en particular por los educados en la escuela de la hipocresía, los desvanecen.

Con estas condiciones materiales y la falta de pudor y dignidad como ente moral, los males que causa son terribles.

Adulador y bajo, rastroso y atrevido, va manchando con su asquerosa y nauseabunda baba cuanto toca y hasta cuanto mira.

En el hogar doméstico hace de serpiente del paraíso; catequiza al débil, se humilla y se arrastra ante el fuerte, y clava el puñal envenenado del deshonra en el corazón de aquel á quien ofreció su amistad.

En política es tan vil y tan cobarde como en el secreto de la familia: besa manos que quisiera ver cortadas, no levanta los ojos del suelo, ni sus labios despiden más que mieles que amasa con sutil veneno que produce sus efectos en plazo determinado.

Su ambición no tiene límites, su codicia tampoco: la usura le enamora, y la miseria que produce es la mayor de las alegrías que experimenta su alma torpe y menguada. Un niño que llora de hambre y de frío, una pobre viuda enferma y andrajosa le llenan el alma de placer, y entonces, y sólo entonces, sonríe con satisfacción.

Como religioso es aún mil veces peor; no cree en nada y aparenta creerlo todo: la religión es el arma principal de que se vale para cometer sus crímenes y sus iniquidades. Con tan poderosa arma hiere al católico y al protestante; pero nunca cara á cara.

La mentira es el alimento de su vida intelectual: la verdad jamás aparece en sus labios ni el carmín de la vergüenza en sus mejillas.

Odia á la humanidad y procura su exterminio; y lo mismo en los alcázares que en las chozas, exparte la semilla del mal é introduce la cizaña.

Mal hijo, no honra á sus padres; mal padre, enseña á sus hijos en la escuela de las miserias en que se baña como la sultana entre perfumes.

Y ahora digan nuestros lectores: ¿En qué sitio de la escala zoológica puede colocarse

á tan miserable animalucho? No lo sabemos, pues hasta entre los reptiles lo juzgamos favorecido.

L. D.

Desinfectante místico

Un industrial recomienda un Agua de Colonia, propia, dice, para emplearla el sacerdote en el confesionario.

Y bien que la necesitarán los que confiesen al zurriburri de beatas.

Siempre que pensamos en el confesionario, nos lo figuramos ocupado por una mujer joven, hermosa, perfumada, de voz dulce, de aliento de rosas; pero ¡ay! no consideramos que esas son las menos, y que en cambio abundan las feas, las que nunca se lavan, no digo ya lo interior, ni la cara siquiera; las de aliento fétido, machaconas y con pecados de á céntimo.

Gracias á que el cura es por regla general poco delicado de olfato, y no peca de limpio tampoco, que sino habría que compadecer al que tiene que lidiarse diez ó doce pueras de esas á diario, de cuyos hedoros no se librará ni aun empapando en ese agua de Colonia las ropas y la madera de su confesionario.

¡Por qué cuidado que hay beatas barbianas en punto á cochambre!

EL NUMERO

No es hoy, como debiera ser, el factor indispensable para resolver las cuestiones que directa ó indirectamente afectan á los pueblos; mas tampoco se precinde de él en absoluto. Y lo prueba el que los gobernantes, para dar fuerza legal á sus resoluciones, se preparan con tiempo mayorías, falsas, pero que les sirven para dar visos de legalidad á lo que hacen.

La masa, por haber perdido su virilidad, ve pacientemente cómo hacen los gobiernos mangas y capirotes de todo, y alega, cuando por esta conducta es censurada, que hoy le es imposible manifestar su opinión, por impedírselo la inmundicia del régimen vigente, que ha llegado al sumum falsificando hasta lo infalsificable.

Conformes en que nuestra organización político-social-administrativa es de lo peorcito en su género, pero no con que el pueblo pretenda eximirse del tanto de culpa que le corresponde por haber dado lugar con su apatía á tan irregular estado de cosas. Lejos de haber hecho respetar sus derechos, cruzóse de brazos ante los mistificadores y concluyó por abandonárselos; y ahora, el día que se decida á reconquistarlos, tendrá que comenzar la obra nuevamente por la base; que este es el resultado del cómodo sistema adoptado por el pueblo, de dejar que otros piensen por él, y creer que las reformas político-sociales-administrativas han de llover del cielo. Esto ha contribuido mucho á hacer posible lo que hoy ocurre.

No dudo que la carencia de instrucción influya en esa actitud del pueblo, y que los desengaños contribuyan á que pierda la fe en los hombres y mire con desconfianza á todo el que por él promete sacrificarse; mas no comprendo cómo, hallándose convencido de que su regeneración tiene que ser obra exclusivamente suya, no haga nada para demostrar que está dispuesto á ir solo hasta donde debe ir. Mas no solamente no hace esto, sino que se presta gustoso—y aquí la tesis de este trabajo—á formar número, á ser de la clique, (permítaseme la frase) de los hombres y las cosas que le degradan y esclavizan.

Sin ir más lejos, en la última Semana Santa hemos visto al pueblo acudir solícito á formar parte de las manifestaciones religiosas formando número, fiestas que, si algo práctico y nutritivo tienen, no es seguramente para él. ¿Y esto, costándole tan poco trabajo y acarreado tan pocos compromisos hacer el vacío en derredor de esos hombres que viven explotándolo cubiertos con la máscara de la religión! Unicamente pensando que el pueblo se encuentra muy rebajado, ó es demasiado cándido, se concibe que se preste gustoso á torcer la cuerda que ha de servirle de dogal.

A buen seguro que la reacción imperase si el pueblo hubiera tenido conciencia de sus actos, ó si los que nos llamamos liberales fuéramos menos teóricos y más prácticos. Sin necesidad de prohibirlas, habrían concluido hace años esas manifestaciones religiosas; que no se lanzarían los beatos y curas á las calles con los chirimbolos místicos, si supieran que no quedaban más hipócritas que ellos. Por desgracia, la masa popular de este país forma coro á todos los que la estrujan y dominan.

FRANCISCO TOMEU

Puerto de Santa María, Abril 9 1899,

LA RELIGIÓN AL ALCANCE DE TODOS

POR

R. H. DE IBARRETA

(Vigésima cuarta edición)

¡Valiente presbítero!

Lo que no invente un cura...

Hay uno en Tilcaan (República Argentina) que da quince y raya á los de por acá en eso de ingeniar para sacar dinero. ¡Y cuidado que aquí los hay de oro!

Pues, como decía, ese cura americano ha ideado dividir el cementerio en tres secciones, del Cielo, del Purgatorio y del Infierno, las cuales están decoradas con pinturas y alegorías propias de las respectivas mansiones que representan.

Un enterramiento en el Cielo cuesta 21 pesos y 20 centavos.

En el Purgatorio, 8 pesos y 3 centavos. En el Infierno, 1 peso y 90 centavos.

Y, es claro, no hay fiel que quiera ser enterrado más que en el departamento de los bienaventurados, con lo cual el cura ha conseguido convertir en manantial de vida y goces para él, la triste mansión de la muerte.

Ese es un presbítero, un cura de cuerpo entero. ¡Qué pigmeos me parecen ahora los de por aquí!

Me escribieron un amigo que en la lista de los clérigos que asistieron al banquete carlista, falta Antonio Salas, un señor á quien no quisieron ordenar en España y se fué á Roma recomendado por doña Margarita, la mujer del Chupa, donde le ordenaron; que dice la misa de doce en las Calatravas, y que, si no fuera cura, de seguro frecuentaría las tabernas y ciertas casas sospechosas siendo cliente perpetuo de los médicos dedicados á cierta especialidad.

Me alegro que el Salas sea cura, por el mal ejemplo que de no serlo daría; y quede incluido en la lista de carcas del número anterior para los efectos á que haya lugar.

AL PUEBLO "SOBERANO,"

Eres el mar, el gigantón temible de anchas espaldas y furiosos gestos, capaz de trastornar con tus arreos lo visible del mundo y lo invisible.

Son tus entrañas el abismo horrible que devora las trizas y los restos de dramas espantosos y funestos, producto de tu rabia irresistible.

Mas eres, á la vez, bestia idiota, sumiso siervo ó enemigo feroz del tiranuelo que tu espalda azota...

De donde, triste y advertido saco que no tiene tu sangre ni una gota, de la que hirvió en las venas de Espartaco.

MARIANO CASOS

Un señor Marsella, alcalde de Laredo, ha disparado un bando prohibiendo la blasfemia, de lo más gracioso que puede darse. En él dice que hay algunos que no lo hacen con todo descaro, sino que procuran disimular sus blasfemias con palabras que, sin nombrar á Dios ni las cosas santas, hacen en los oyentes igual efecto que si emplearan las palabras más impías.

Bien mirado, no me extraña que el buen señor alambique tanto; está en su modo de ser. Casado tres veces, apenas si tiene que alambicar para no aflijir los cuartos que le reclaman las familias de las difuntas.

Por esto no hay que tomar muy en serio el exabrupto de ese inquisidor en estado de larva.

Ahogarse con un pelo

Eso, sí. Como inflexibles son inflexibles los tenderos.

Sabido es que ellos son los que desempeñan casi exclusivamente el cargo de Jurados. ¡Pobre del procesado que tengan que juzgar por algo que se relacione con el sagrado derecho de propiedad!

El día 5 de Octubre del año anterior entró una mujer, Teresa Muñoz, en una tienda de comestibles de la calle de la Luna y pidió quince céntimos de café. Para pagar entregó una moneda de dos pesetas, que resultó falsa.

Los dependientes del comercio, escandalizados, salieron corriendo en busca de los agentes de la autoridad y detuvieron á la Teresa.

Se instruyó sumario, que se vió hace poco en la Sección tercera; el Jurado (y cómo no!) dictó veredicto de culpabilidad, y el tribunal de derecho condenó á Teresa Muñoz á la pena de TRES AÑOS DE PRISIÓN CORRECCIONAL.

Así, así; duro en los ladrones, aun cuando no sea más que para poner en solfa aquello de «el que esté sin pecado, que tire la primera piedra».

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

Hace algún tiempo llevaron á la parroquia del pueblo de Los Santos una imagen de la Purísima Concepción, y como no había altar donde colocarla, el párroco acordó desahuciar del suyo á San Isidro. Los cofrades de éste se opusieron, pero en vano, y la cofradía se disolvió.

Y desde entonces el párroco maltrata y persigue á la familia del que era decano de la cofradía, no perdonando medio ni ocasión, y dando lugar con sus intemperancias y atropellos á que, siendo tan católico como es, se aparte un día esa familia de una religión representada por tipos tan intrasigentes y vengativos.

Con lo cual realmente no perdería nada, según mi leal saber y entender.

¡Que me lleven los demonios! ¡que me lleven los demonios! así exclamaba desesperadamente una joven de 16 años en Minas del Horcajo, llevando la alma á los vecinos.

Posiéronse éstos en acecho para sorprender á tales canallas, que eran tres y uno con rabo, según ella decía, y nada, no lograron echarles la vista encima.

Llamaron al cura para que les extendiese la paleta de deshaucio; él soltó unas cuantas bendiciones al aire, y ellos se hicieron los suecos.

Aterrados los pacientes, pagaron dos misas al cura, y las dijo, quedándose después en la iglesia con la moza, quien salió al poco rato sin los huéspedes y más contenta que unas pasenas.

El novio, un infeliz, á fin de contribuir á que no vuelvan á ocupar los diablos el cuerpo zaragatero porque él pena, anda cargado de escapularios y reliquias. Aquí sí que podría hablarse de predestinación y decir: «lo que puede el amor ó el rabo del diablo; pero allá se las entiendan ella, el cura, los diablos y el novio; que lo que esté de Dios ocurrirá, y el que tenga tienda que atienda».

Ruego al amigo de Valladolid que me escriba acerca de lo ocurrido en la capilla del cementerio entre el capellán y una joven, que me envíe los periódicos de la localidad que hayan hablado del suceso, pues no he visto ninguno.

Entonces me ocuparé del suceso en la forma que lo merezca.

¿Que un cura, al salir de la iglesia de San Miguel el domingo de Ramos, paró en la calle á una señorita y le declaró su atrevido pensamiento? Para ocuparme de los detalles del asunto, vengan el nombre del cuervo y el de la paloma.

Amaos unos á otros

El joven Gregorio Busto llevó el estandarte en la procesión celebrada el Domingo de Pascua en Busto de Bureva.

El ídem Alejandro Gil quería también llevarlo, y por esto se liaron en palabras aquel mismo día, sin pasar á vías de hecho, cosa incomprensible en corazones abrasados en el fuego religioso.

Pero como el asunto no podía quedar así, dado que los buenos católicos predicaban el perdón de las ofensas, al oscurecer del día 6 del actual se encontraron providencialmente en la plaza, y con ellos Benito Bonilla, primo de Alejandro, Vicente López García y Bernabé Galbarrós.

Y se armó tal jolín, y tantos palos se dieron, y tantos pinchazos se propinaron, y tantos tiros se desearon á cuenta de lo del estandarte, que salió el Alejandro Gil con diez heridas en la cabeza producidas con instrumento cortante, otra debajo de la clavícula derecha que le cortó la arteria aorta, dos en los brazos y una en el homoplato derecho que le produjeron la muerte casi en el acto; y el Bernabé con una contusión en la región frontal y una herida de arma de fuego en la parte superior é izquierda del vientre, falleciendo á las pocas horas; quedando también levemente heridos el Bonilla y el Gregorio Busto.

La guardia civil de Cubo, aun sabedora de que la religión es un freno, acudió al lugar del siniestro, y encontró un puñal de 30 centímetros de longitud, un cachillo de iguales dimensiones y una porra de hierro rota, pero no arma alguna de fuego, á pesar de haberse hecho varios disparos. A los piadosos combatientes que por casualidad habían quedado ileso los llevó á la cárcel, sin tener en cuenta que habían peleado por disputarse la honra de llevar un estandarte en una procesión.

En vista de este suceso, propongo que al «amaos unos á otros» del divino Jesús, se añadan estas palabras: «cuando no haya que llevar un estandarte en las procesiones». Porque, francamente, á pocas peleas como esta, adios precepto. Más aún, adios católicos. Desaparecen del planeta.

He recibido una hoja impresa, firmada por muchos padres de familia, de Palencia,—padres de familia auténticos, no como aquellos libidinosos de Madrid—que ponen el grito en el cielo porque el catedrático Raboso es exigente en extremo con los estudiantes que no pagan en determinada academia particular. Y dicen que milita en el partido que hoy nos parte. ¿Neo y no ser justo? Imposible.

De todos modos estudiaré el asunto, y seré más explícito cuando le toque el turno á Raboso, en las biografías de catedráticos neos, que pienso publicar en breve.

Siempre que voy á un cementerio visito la fosa común, y pienso en la suma de angustias y dolores que representan los restos allí arrojados, y en los esfuerzos perdidos y las esperanzas malogradas que aquel término supone, no menos que en la corrupción y los crímenes que revela; pues tan horrible conjunto se forma lo mismo con seres de levantadas ideas que de sentimientos repugnantes, con mártires que con asesinos, con vicios que con virtudes.

Al lado de la huérfana desvalida que prefirió la muerte á la deshonra, el malvado que pisoteó todos los principios de moral; junto al obrero que trabajaba día y noche para sustentar á su anciana madre, la prostituta que abandonó la suya por falso concepto de su falta ó perversidad de su corazón; inmediato al héroe anónimo que derramó su sangre por la patria, la infame que degolló al nacer al inocente fruto de su liviandad.

Mezcla confusa de acciones elevadas y actos ignominiosos, la fosa común agrupa á los seres que la desgracia eligió para ensayar sus terribles é inagotables recursos.

Consultor de feligreses

Hoy todas las comunidades religiosas ponen sus edificios, talleres y fábricas á nombre de casas domiciliadas en el extranjero. Si el pueblo, con motivo de un levantamiento carlista, diese al traste con todas esas fincas, ¿tendría la nación que abonar su importe?

—Creo que no, porque sería fácil demostrar la superchería. Pero aun siendo esto difícil, nos debería importar poco, poniendo en práctica esto que se me ha ocurrido:

Embargar, pero de verdad, todos sus bienes á los carlistas y sus cómplices, vendiéndolos en quince días, y con su producto pagar las indemnizaciones.

Y nada más justo, ni más sencillo, ni más en armonía con el principio de que el que la hace debe pagarla.

Por lo tanto, no hay que preocuparse del asunto.

Apostolado de la Verdad

FOLLETOS DE PROPAGANDA

A 15 céntimos uno, 10 para los suscriptores á EL MOTIN

CRISTO EN EL VATICANO, por Victor Hugo.
LOS REYES COS MOTE, por «El Motin.» Con láminas.
LA INFALIBILIDAD DEL PAPA, ó LA VERDAD EN EL VATICANO, Discurso del obispo Strossmayer.
JUANA LA PAPA, por Julio Fernández Mateo.
LA MUJER Y LA IGLESIA, por M.
MÓNICA SECRETA, ó INSTRUCCIONES reservadas de los jesuitas.
LA VISITA PASTORAL, viaje en tres jornadas y en verso, por un presbítero.
¿QUÉ ES LA RELIGIÓN DE JESÚS-CRISTO? Discurso pronunciado por un obrero en el círculo «La paz» de Lieja.
CARTAS DE TAYLLELAND al obispo de Clermont y al abate MARY.
CARTA DE TAYLLELAND al Papa Pío VII.
POESÍAS MÍSTICAS, por autores renombrados, recopiladas por «El Motin.»
LA MENDICIA Y LA IGLESIA, por Laurent.
MÁXIMAS INMORALES de los jesuitas, sacadas de sus obras.
MÁXIMAS FUNDAMENTALES de los jesuitas, ídem, ídem.
CARTA A EUGENIA, por Frère.
O CATOLICISMO ó DEMOCRACIA, por F. Laurent.
LAS SESENTA Y SIETE CELEBRES PREGUNTAS DE ZAPATA. Dirigidas á una junta de doctores, por las cuales fué quemado en Valladolid en 1631.
CON LA JUSTICIA Y LA INQUISICIÓN... chitón, por don Nicolás Díaz Pérez.
LA CARIDAD Y LA IGLESIA, por Ch. Potvin (Dom Jacobus.)
LA ESCLAVITUD Y LA IGLESIA, por ídem.
LOS MEJORES «MOTINOS» PIADOSOS, por «El Motin.»
CURAS Y AMAS, por ídem.
GRACIAS DE CURAS, por ídem.

Naipes redentores

El Reformiste Kercherzeitung dice, que una compañía católica romana en Austria ha inventado un juego religioso de naipes, para socorrer las ánimas del Purgatorio.

El paquete se compone de treinta y dos cartas, y en cada carta está inscrita una pequeña canción ó frasecilla de indulgencia.

La compañía de Viena que publica los naipes, describe el juego como un nuevo aliciente que compele á los creyentes á interponer su intercesión por las almas de los finados.

Después de barajar las cartas, cada tahurístico saca la suya, lee lo escrito, y con esto se va creyendo que aquella oración ó frasecilla obra grande alivio al ánima infeliz por cuya intención la sacó.

La edificación, dice el publicista de los naipes, «se combina á la vez con una muy agradable diversión; por lo que, sin duda alguna, este juego está destinado á hacerse popular entre los círculos piadosos».

¡Lo que alambican los clericales para aligerar las bolsas de los tontos!

Creo que el gobierno que nombrase ministro de Hacienda á un obispo, directores á varios canónigos, y empleados á curas y frailes, reuniría en sus arcas en un par de meses todo el dinero que hay en España.

Unicamente que nada adelantaría, porque se lo comerían ellos.

En España se impone á toda prisa un deslinde, una separación, sin lo cual no vamos á entendernos nunca: la de neos y liberales.

Arrójese de una vez á los liberales de la Iglesia, y que se queden en ella neos, carlistas y conservadores.

Porque en esto, (quizás sea en lo único) voto con los clericales: liberal y católico, es decir, agua y fuego, frío y calor, beato y honrado... ¡imposible!

Lo llevan dentro

Opinión de San Gregorio Magno en la carta 7.ª, párrafo 56, dirigida á Javier, obispo de Cerdeña:

«Una dama ilustre se me queja de que no tenéis reparo en pedirle 100 sueldos de oro por enterrar á su hijo, de manera que agregáis á sus dolores una nueva tribulación, arrebatándole parte de su patrimonio. ¿Conviene á un sacerdote hacerse pagar el precio de la tierra destinada á recibir las carnes podridas? ¿Conviene á un sacerdote sacar provecho del dolor y adicción de un cristiano?

Y en la carta 8.ª, párrafo primero, dirigida á otro obispo, recuerda que, cuando Abraham compró tierra para enterrar á su esposa, el propietario de ella no quiso el precio. Y dice el santo Papa: «Si un pagano se avergüenza de considerar la sepultura como objeto de lucro, ¿qué se dirá de un obispo que exige salario por enterrar á uno de sus hermanos en Jesucristo?»

Si el bueno de San Gregorio resucitara hoy, y viese al clero disputar palmo á palmo los puñados de tierra que han de cubrir las carnes de sus hermanos, y no por caridad, sino por hacer de ellos granjería, posible es que exclamara: «Me lucí cuando dije eso. Por los curas no pasan siglos.»

Me entero á última hora del gran meeting celebrado en Barcelona para protestar contra la prisión de Agustina Soler, hija de la señora aquella á quien confesaron á tenazón los clericales.

En el próximo número me ocuparé de tan valiente, digno y consolador acto.

Bien por Barcelona. Sólo hay en España dos poblaciones importantes que respondan siempre en ese sentido: Barcelona y Valencia.

Si dejase de ir EL MOTIN á alguna población de las que ahora se envía, pueden los que deseen leerlo suscribirse directamente en esta administración, pues no será por culpa nuestra.

MADRID.—IMPRENTA, LIBERTAD, 29.